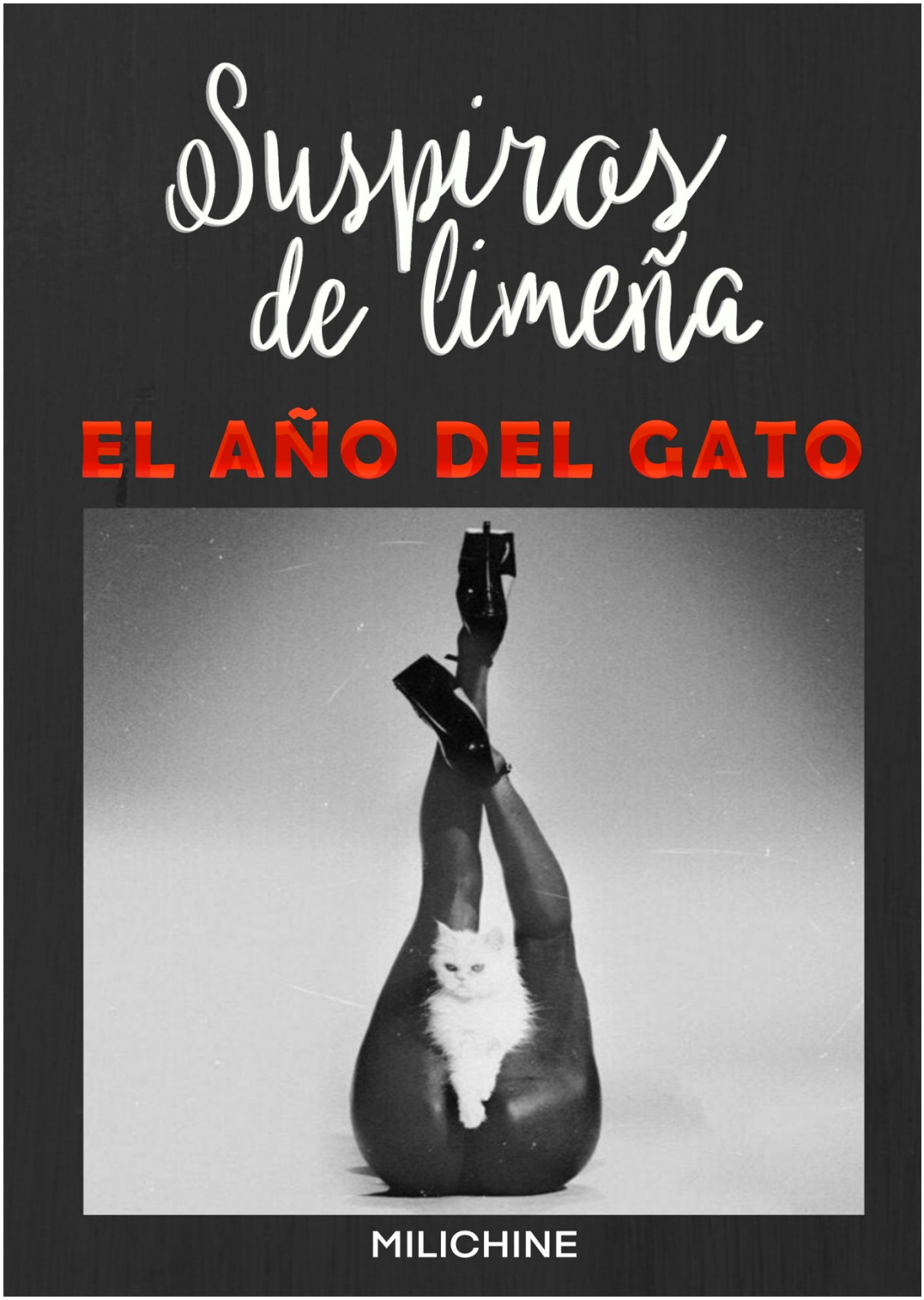
Suspiros de limeña Episodio 2: El año del gato

Milichine Ickx



Capítulo 1

Suspiros de limeña

Episodio 2: El año del gato

Milichine

Título: Suspiros de limeña

Subtítulo: Episodio 2 El año del gato.

Copyright © 2020 Milichine

Todos los derechos reservados.

Ilustración de portada: Milichine

Maquetado: Milichine

Primera edición: junio 2020

Inspirada en hechos reales.

«Ponle remotamente mejor, para evitar confusiones.»

Inspirada remotamente en hechos reales.

«¿Ya?

»Sí, que quede claro que hay harto cuento. Si no se ofenden, como la gordita esa.

»Sí, que pesada ¿no? Aquí vas presa por angas o por mangas.

»Sí, mejor ponerle énfasis, que quede bien claro que está inspirada de lejitos nomás.

»¿Algo así como tele inspirada? Esta gente sólo entiende cuando le hablas en modo telepático.

»OK

Teleinspirada remotamente en hechos reales.

«Humm

»¿Y ahora qué?

»Falta algo, la crítica incidía sobre la imaginación del autor.

»¿De nuevo la gordita?

»Sí, ¡gorda cidiesem!

»A ver ahora.

Teleinspirada remotamente en una pseudo historia casi real.

«¡Queda!»

Queda hecho el depósito legal.

«Ya sabes lo que es, ¿no?

»¡Oye! ¡Depósito es depósito! Yo no tengo la culpa de que estos literautas

inventen cosas raras.

»¿Literautas?

»Sí pues, era un e-book ¿no? O sea, de la generación Internet y así como hay internautas, debería haber literautas.

»¡Pánfila!

…ser bohemio, poeta y ser golfo me va…

Julio Iglesias

Proemio

«¿Cuál?

»¿Cuál qué?

»¿El de Asturias o la vaina esa de las Américas?

»¿De qué hablas?

»Por si acaso el de Asturias ya no es él sino ella.

»¿Qué cosa?

»No que se haya cambiado de sexo, nació así, con su cushita.

»¡De qué miércoles estás hablando!

»Del príncipe pues. Ya no es príncipe, ahora es princesa. Pero sin cambio de sexo, ¿ah?

»¡WTF!

»¿No sabes? Es que el rey abdicó. Y ahora el rey es su hijo. Y su hijo no tiene hijos sino hija. ¿No lees HOLA o qué?

»¡MIÉRCOLES! ¡De que Churchill estás hablando!

»¡Del premio pues!

»¿CUÁL PREMIO?

»¡El que pusiste ahí arriba pues!

»¡PROEMIO! ¡PRO-E-MIO!

»¡Y? ¿No estabas hablando en modo propositivo?

»¿Propositivo?

»O sea que positivo es a premio, lo que propositivo es a proemio, ¿no?

»¡Huevadas nomás se te ocurren!

»¡Y si no, que michi es eso del proemio?

»¡Proemio pues! Su mismo nombre lo indica.

»A mí me indica que es premio en modo propositivo.

»Mira que dice el diccionario, proemio: «discurso antepuesto al cuerpo de un libro».

»¿Ya no es introito?

»¿Después del lío que armaste en el episodio anterior?

»Pero ya me había acostumbrado pues. Tú eres bien veleta, ¿no? ¡Paras cambiando nomás!

»¡Piña pues! Ahora es proemio.

»¿Y qué vas a decir ahora? Ya nos habíamos presentado en el introito, ¿no?

»¿No sé? Habrá que improvisar nomás, dicen que la improvisación es buena.

»¡Para los actores!

»¡Actores, autores! ¡Qué diferencia puede hacer una letra!

»¿A ver escribe cajón con G?

»Si, ¿no? ¡Qué pánfila!

»…

»¿Y si salimos en Netflix?

»¿Netflix?

»Como la mamona esa, de las tabas de Silveria. ¿No has visto? Su novela salió en Netflix, ahorita mismo, en esta temporada. Ahí tendríamos que improvisar.

»¡Netflix, Netflix! ¡En Nerdflix vas a salir!

»¡Oye! ¡Todo este la mente! ¡Te lo propones y sale!

»Ay, ya no sé qué pensar de eso. ¿Sabías que a la reina y señora de la Ley de la Atracción le suspendieron el estreno de su película por esto de la pandemia?

» ¿a Rhonda Byrne?

» ¡Cinta!

»¿O sea que la reina de la puna le vendieron gato por llamas?

»Sí pues, parece que Bechamel tenía razón.

»Ya veremos en qué acaba todo eso. Por el momento concentremos en qué acaba todo esto.

»¡Ah no! ¡Esta vez no me desmayo! ¡Ni fregando!

El año del gato

«¿Quién es el gato, ah?

» No hay gato. Es un decir nomás.

» ¿Y un decir nomás tiene su año?

» O sea si hay, pero no es gato.

» ¿El gato no es gato?

» Si es gato pero no es un gato.

» ¿Y qué es el gato que no es un gato?

» Una coquetería. Un detalle.

» ¿Cuál detalle?

» El que trae puesto.

» ¿Quién?

» (⊡ □)

»(□□□)

»(□□□()□□□)

» ¿el hirsuto?

»(^□^)

»(□□□)□)(□□□

Capítulo 2

Pedido

viernes, 24 de marzo.

De: ISO-FORCELIFE(PERU) <isoforcelife@gmail.com>
Enviado el: viernes, 24 de marzo 1DG 15:05
Para: Milichine <milichine@anuariodeseguridad.com>
Asunto: Pedido

Estimada Milichine:

Te escribo este mail, después de unas horas de reflexión e inclusive familiarmente. La mañana de hoy recibí una llamada de Rodolfo, solicitándome una reunión personal para tratar dos temas, el primero que deje de llamar al teléfono celular de tu hija y más aún que lo haga a horas muy tarde, en segundo lugar que deje tranquila a su familia, así mismo que no te "lave" la cabeza y que te deje tranquila al igual que no me meta en su empresa.

Como comprenderás este tipo de imprecisiones no van a provocar en mí una respuesta abrupta o beligerante, esto por respeto a nuestras familias, lamento que Rodolfo haya llegado hasta este extremo, sin embargo lo entiendo, pero para evitar que este problema crezca y perjudiquemos afectos, lo dejemos por el momento así. Esta actitud responde no al temor de amenazas sino por el contrario responden al respeto hacia tu persona y hacia tus hijos.

No creo tampoco justo dejar de lado negocios por pareceres, venga de quien venga, sin embargo tampoco quiero ser causante de ningún problema entre ustedes.

La vía comercial estará abierta permanentemente para ti, sin embargo es mejor no afectar la tranquilidad de nuestros hogares, si lo consideras factible podemos reunirnos donde indiques y de no considerarlo lo comprenderé.

Espero lo entiendas.

Respetuosamente.

Mango

--
Dr. Manuel Domingo Rey Mariel
CEO-Founder
FORCELIFE-PERU
SPECIAL TRAINEESHIP CENTER
SPECIAL SHIELDING GROUP
www.iso-forcelife.com

«¡Y EEESTO??

»¿CÓMO LLEGAMOS HASTA AQUÍ?

Capítulo 3

Otoño del año del gato

Arrimón en horas de oficina

Lunes, 2 de abril.

Mango salió abruptamente de la pieza, se aproximó hasta la recepción, y desde ahí le oí decirle a Tere que estábamos ocupados, y que no nos pasara ninguna llamada, tras lo cual volvió al directorio y cerró la puerta poniéndole el pestillo.

Parada frente al pizarrón, le estaba explicando los secretos de la mente millonaria y cómo, si aplicamos sus preceptos, podría ayudarnos a encaminar el negocio. Pero distraído como andaba en mi horticultura —o sea en mi orto pues— se había levantado de su asiento para entender la explicación en Braille.

Sentí su mano paseando por mi Hortensio, mientras yo me esforzaba en balbucear mi explicación, hasta alcancé a decirle un «ya pues» suplicante. Fue en ese momento que quitó la pieza, para volver enseguida y decirme «ahora sí soy todo oídos», que en Braille quiere decir soy todo manos, porque siguió entendiéndome. O sea.

Se me cerraron los párpados, y empecé a verme totalmente desnuda, entregada a esa seductora visión narcisista, frente a la que me sabía indefensa. ¿A ustedes no les pasa? Reconozco que imaginar mi cuerpo desnudo me excita.

Me resistí tratando de persistir en mi perorata, pero sólo para sentir más suavemente el deleite de la entrega. Me sentí invadida por una vaga debilidad, una suerte de molicie, de sensación de tibieza en todo mi cuerpo, unas ganas de relajarme, de entregarme toda, sin ninguna fantasía o exaltación. Algo así como la sensación de un día de sol,

tumbada en una playa, bronceándote sobre la arena caliente.

Luego, lentamente, mientras sentía mis duraznos hincharse y que mis piernas se tensaban, alertas al menor roce, mi cabeza se fue llenando de visiones, al principio indefinidas, así como inconexas, pero que fueron suficientes para hacerme quebrar la cintura y sentir mi lencería mojada. Una ola subió por mis piernas, desde mis rodillas, trepando por mis muslos, cada vez más arriba, sacudiéndome el cuerpo. Mi discurso se tornó incoherente.

Entonces acudieron mis quimeras: labios que me besaban, hombres del pasado, órganos soñados, ávidos de frotarme, de sobarse contra mí, de forzarse una entrada entre mis rodillas, violentando mis piernas, abriendo mi concholetta, penetrándome con vigor, con tal ardor que me inundaba de placer.

Se me apareció Ramiro en la ducha, con su mirar de reojo, acariciándome por la espalda, sus musculosos brazos rodeaban mi cuerpo, una mano en mis senos, la otra en la concholetta. Acudió Enzo con su fino terno de abrasadores brazos que me envolvieron toda, me levantaron en el aire y me depositaron en su escritorio de fina caoba, abriéndome las piernas, hurgándome toda. También vi al papamoscas y su frotar frenético debajo de mi falda, y al marino de mis fantasmas quinceañeros que hacía lo propio con mi culito petulante. Vinieron Manolo, fugaz enamorado esquivo, y el Cuchito de mis primeros sueños, clamando «déjala, es mía».

De manera casi inconsciente, mi mano izquierda bajó a lo largo de su vientre, muy lentamente, conteniéndome. Sentí que alcanzaba su pantalón, seguí bajando hasta tocar su bulto hinchado, duro como piedra.

Con la punta de los dedos exploraba, sondeaba su hinchazón, de abajo a arriba primero, luego en círculos sobre la parte superior, mientras su mano seguía paseándose por mi trasero, mi cabeza bamboleando y mi boca profiriendo palabras totalmente inconexas ya.

Luego sentí que su otra mano empezaba a desabotonar su pantalón, que como siempre traía sin cinturón para mi disgusto. Enseguida empezó a bajarse el cierre de la bragueta, despacio, muy lentamente, como incitando mi deseo. Cuando el cierre relámpago estuvo por fin abierto, jaló el pantalón por el lado del ojal, dejándome el camino libre. Entonces me atrajo hacia él, susurrándome al oído cochinadas que me excitaban, mientras yo seguía balbuceando incoherencias y mi mano ansiosa recorría su sexo apenas separada por su ropa interior.

Para entonces ya había perdido conciencia del lugar donde estaba, de la gente que nos rodeaba y el peligro que me acechaba. Mis dedos se escabulleron por debajo de su boxer, recorrieron los pliegues de la ingle,

luego contornearon su sexo sin tocarlo realmente, como dibujando aquella prominencia turgente.

Cuando me sacié de ese recorrido, tomé ese miembro caliente y mojado, acariciándolo como para apaciguarlo, sin prisas, con un movimiento que seguía la forma de su erección. Entonces él me ayudó a ubicarme sobre su verga rígida y guio mis movimientos, ajustando el ritmo y la amplitud de acuerdo a su gusto, haciéndolos más lentos o más rápidos según el grado de su excitación.

Percibí cómo siguió aguantándose un buen rato, mientras mis dedos subían y bajaban, menos torpes a medida que el cariño se dilataba, atreviéndose un poco más allá del sencillo ir y venir, maniobrando hábilmente, para escurrirse a lo largo de la vena hinchada, sobre la curvatura de su verga, sumiéndose lo más bajo posible —lo más cerca de sus bolas que el jean me lo permitía— luego retrocediendo en un vuelco vicioso, hasta alcanzar la cabeza del pene con el cuenco de la palma húmeda de mi mano. Desde allí, apretándolo de nuevo, volví a bajar hacia la base de la verga, para de nuevo subir, retardándome en su glande circuncidado, apretando y aflojando alternativamente el músculo hinchado de lascivia, acariciando apenas la membrana o incomodándola, rodeándola con grandes oscilaciones de muñeca o provocándola con breves intervalos despiadados... Su glande, grande, se inflamaba, amenazando a cada instante con explotar.

De pronto me coge por los hombros, me fuerza a girar, nos pone frente a frente, levanta mi camisola y enseguida el brasier por encima de mis senos y se ataca a besuquearlos. Luego se endereza súbitamente, me voltea contra la mesa, fuerza mi espalda para inclinarme hacia adelante y me presiona con mano firme entre los omóplatos.

Me doy cuenta de que mi pelvis está inclinada sobre la mesa y mis pies no tocan el suelo, obligándome a estirar los brazos hasta conseguir asirme por el borde del otro lado de la mesa, literalmente colgando. Desde donde está tiene una vista perfecta de mi trasero. Por los ruidos que percibo, entiendo que termina de bajar su pantalón y siento su erección contra mi culo. Se inclina sobre mí y me besa con una serie de tiernos besos a lo largo de mi columna vertebral, mientras con mano hábil se desembaraza de mis leggins.

Con su otra mano, siento sus dedos deslizarse dentro de mí, me inclino un poco más para facilitarle el acceso. Él va y viene lentamente e inclinándose, dejando que su otra mano se deslice de mis nalgas a mi cuello. Tiemblo de escalofríos, mi respiración se torna jadeante. Luego se pone en cuclillas, su cabeza contra mis nalgas, comienza a lamerme, a saborearme, se mantiene cerca de la parte superior de los muslos. Su lengua excita la entrada de mi vagina, luego se va vigorosamente sobre

mi clítoris, chupa, se lo lleva entre los labios.

Gimo de deseos por ser penetrada, por sentirme atravesada. Inmediatamente recibo un golpe firme en las nalgas y me ordena callarme, que no haga ruido, que no nos delate. Introduce de nuevo dos dedos largos y ágiles, me muerdo el labio para no hacer más ruido, estoy al borde de la explosión. Enseguida para, los retira suavemente y ya no me toca. Entonces empieza nuevamente a susurrarme las cochinadas que sabe que me excitan, sobre mi coño, su sabor, su olor, la dulzura de mis labios, los acaricia, los presiona ligeramente, habla de mis curvas, mi trasero que lo pone duro, mis ojos siempre fijos en su sexo, en mi boca de mamona cuando hablo demasiado.

Aguardo sus embates, un poco confundida por no poder responder, moverme y obligarlo a clavarme aquí y ahora, me siento completamente a su merced, necesito ser penetrada para liberarme de las tensiones y la emoción que ha avivado. Y mientras pienso en encontrar un medio para alcanzarlo, me penetra con fuerza y □□nse□de en mí a fondo, siento sus bolas golpear contra mi clítoris, sus manos en mi cintura y comienza a cabalgarme, yendo hacia adelante y hacia atrás, presionado, como si quisiera ir más allá.

Continúa susurrándome cochinadas pero de otro calibre, me pregunta si no he extrañado su verga en estas semanas de abstinencia, si no me excita de saber a mi esposo en la pieza de al lado, mirando en su PC videos antiguos de los Caminos del Inca o algún otro rally. Vagamente tomo conciencia de esa realidad, pero como en un sueño. Una parte de mí desea resistirse a seguir el juego, a no disfrutarlo y a no someterse. Y al mismo tiempo, las sensaciones en mi cuerpo son muy invasivas, tengo calor, me inclino para disfrutar de su erección tan fuerte, tan duradera, siento que mi vagina se inunda mientras imagino a Rodolfo al lado y me enardezco más.

Luego me dice que acaricie mis pechos, que los agarre. No se ha dado cuenta que no puedo, qué mis pies no tocan el suelo y sigo colgada ahí, sujetada del borde del otro lado de la mesa con los dos brazos estirados. Mis pies buscan a tientas alguna silla, algo en que apoyarme mientras él sigue excitándome con sus susurros. Ahora me pide que imagine sus labios pellizcando mis pezones, mientras siento su pulgar apoyado y excitando la entrada de mi ano. Su sexo no pierde nada de su ardor, ni de su cadencia.

Es entonces cuando siento una ola de placer que se rompe en mí, me tiemblan las piernas, aprieto con fuerza el borde de la mesa, ahogo un grito de placer y pronuncio su nombre en silencio. Sus movimientos son más poderosos, tal vez un poco más desordenados y siento que la salva de su esperma me invade, agradecida por tener allí este culo cautivante y

sumiso.